«Historia de un tiempo futuro», de Salustiano Masó

Pertenece Masó a esa clase de poetas que elabora los poemas con substancia de su propia vida. Más con lo que siente que con lo que ve, pero más con lo que vive que con lo que sueña. Es un lírico hondo. Subjetivo, pero no egotista: «Vivo como otros viven», dice. Solitario, pero no insolidario: «Pueblo mío (....) soy tú mismo. Sangro por tus heridas». Melancólico a ratos, pero no amargado: «Canto la creación», «quisiera ser motor de heroísmos». Sentimental, pero no pasivo: «Si no basta mi canto, añadiré mis puños».

Masó sabe, y canta, que «la vida nunca muere» y se entrega a ella en el espacio temporal que le toca protagonizar con entusiasmo que implica el propio goce de vivir, el amor y la responsabilidad de hombre histórico. Sabe que en ello va la existencia, porque con lo que la hoguera de la vida se mantiene es, precisamente, con la leña viva de cada uno o, como él dice en unos versos: «para lograr el pan diario de la aurora / voy sembrando ceniza de mí mismo». Presiente que es el amor lo que nos salva, y se ase a la realidad de la mujer querida cuando le asaltan la vacilación o el desaliento, como se ase a la tierra amada cuando hace presa el terror *copernicano* frente a la contemplación del cosmos.

Masó es poeta del amor, de la vida familiar, creada con esfuerzo, con trabajo y esperanza. En ese tema nos

brinda espléndidos poemas como *La casa,* de apretada emoción. Pero también es, en buena medida, poeta de la naturaleza, en la que se siente libre y en la que ve la unificación de los hombres todos. Así, desde una montaña, dirá: «Aquí no importa / de qué país llegaste / cómo se llama tu dios». De este sentimiento de la naturaleza nace el doloroso contraste, con vieja y prestigiosa ascendencia en la poesía, de la vida en la ciudad y en el campo. Éste sigue ejerciendo permanente atracción en el hombre. La ciudad cambia su bullicio y su fatiga con los tiempos y las técnicas, pero su estructura árida y su prisa mecanizada no deja de poner, y aun las aumenta, desazón y amargura en el alma. Masó que, en definitiva, eleva un canto a la vida, al hombre y a la tierra, siente y expresa bien ese sentimiento natural desde «esta carne que nunca renunció a la alegría ni maldijo su sed».

La línea poética de Masó es una línea machadiana, clara y realista, a despecho de algún poema poco feliz —para mi gusto— como *Velar volar,* y el vago romanticismo del poema *Las nubes.* También creo que le sobra algún *oh,* algunas exclamaciones y cierto tono discursivo. Porque sus aciertos son otros y bastantes y están en los poemas *La casa* —ya citado—, *Las cumbres, Elegía por un suicida, Dos ciudades,* y otros de este libro,[1] del que podemos sacar la hermosa consecuencia de que, pese a desalientos y amarguras, «la vida es un claro dios irguiéndose desde el amanecer».

L. de L.

---

[1] Colección «Adonais». Volumen CXCII. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1961.